



UNA CARICIA DIVINA

Y OTROS CUENTOS DE FÚTBOL

NICO BONDER

Cuentos

De alegría.....	3
La voz del estadio.....	6
Una caricia divina.....	40
Gente indeseable.....	42
Descarga mundial.....	56
Un clásico sudamericano.....	61
Génesis.....	73
Pasiones.....	76
No era un sábado más.....	80
El debut.....	96
Metáforas de tablón (puesía pura).....	103
Cuestión de costumbres.....	104
Nunca entendí.....	107
Sueño realizado.....	110



De alegría

— Che, ¿cómo fue lo de tu viejo?

— Lo de mi viejo fue en el provincial del ochenta y siete. Si empatábamos íbamos a ir a jugar el regional contra los de Formosa y los de Corrientes. Era de esperar que pasara algo así, hacia casi quince años que el club no clasificaba ni al provincial, y salir campeón no era fácil— arrancó por enésima vez la historia Nacho.

Estábamos jugando allá. Ellos eran como mil y nosotros habíamos llevado como tres bondis, contando en el que íbamos los jugadores, técnicos y un par de colados que hay siempre. Así que en la tribuna, bueno...en realidad los nuestros no tenían tribuna, sino que lo veían desde el muro que da a uno de los arcos, pero la cosa es que había como cien hinchas y obviamente entre esos, estaba mi viejo.

Esas canchas son jodidas, te escupen desde que llegás hasta que te vas y te re putean todo el tiempo. Hasta las mujeres. Vos vieras cómo las viejas les gritan a los árbitros. Ni hablar si le pegás a sus hijos, se ponen como locas, a veces hasta entrar a la cancha para pegarte.

Bueno, la cosa es que yo era titular pero mi hermano era chico, así que iba al banco y a veces entraba.

El partido fue durísimo. A mí me reventaron a patadones. Como cinco me pusieron. Pero nosotros también los atendimos de lo lindo. Encima, viste



como son los árbitros cuando se juega en esos pueblos. Tienen un cagazo terrible hermano, si de pedo hay dos canas. A nosotros nos echó a dos y a ellos uno nomás, y porque fue muy evidente, pero le tenía que rajar como tres.

— Bueno, ¿y lo de tu viejo?

— Ahí vamos. A nosotros nos alcanzaba con el empate para ser campeones y clasificar y ellos tenían que ganar para pasarnos. Los tipos a los diez minutos nos embocaron con un centro y después no pasaron la mitad de la cancha. Se metieron los once abajo...va los diez. No había forma que salieran, y cada vez que avanzábamos, cortaban con fules y patadones de todo tipo.

Como a los veinte del segundo tiempo entró el Dani. De siete jugaba. Rapidísimo era, en realidad, todavía es, se cansa de hacer goles en los torneos de barrio. Como a los cuarenta minutos le tiran un pelotazo largo, le gana la espalda a su marcador y encaró en diagonal derecho al arco, cuando le sale el arquero define abajo al primer palo. Todavía me acuerdo como si hubiera sido ayer.

Nosotros estábamos festejando, éramos campeones, ¿entendés? Así que vimos un griterío bárbaro en la tribuna, o sea en el muro que estaban los nuestros. Mi hermano lo quiso saludar a mi viejo, pero no lo veíamos en el muro. Y los tipos que estaban ahí, ni cuenta se habían dado. Uno solo lo vio —continuó el relato—. El Tato, que estaba al lado de mi viejo antes de que se cayera. Dice que empezó a gritar y llorar. Después se



agarró el pecho, lo miró al Tato con los ojos muy abiertos y con una sonrisa, y se cayó del muro. Cayó de espaldas y golpeó un poco la cabeza. Nosotros no supimos nada hasta que terminó el partido. El árbitro adicionó como cinco minutos y cuando terminó quisimos dar la vuelta olímpica pero nos cagaron a cascotazos.

No sabemos cómo murió, si con la caída, con el paro, o si fue un rato después.

— ¿Pero no saben de qué murió?— preguntó incrédulo Aníbal—. ¿Qué dijeron los médicos?

—Mirá, al tipo lo convencimos que pusiera en el certificado como causa de muerte: “Alegría”. Mi viejo murió de alegría.

—Mirá vos. Y después que terminó el partido, ¿qué pasó?

— Nos volvimos en el bondi. A mi viejo lo pusimos en dos asientos y lo trajimos así. Y los hijos de puta sabían lo que había pasado, y ni así aflojaron. Nos reventaron los vidrios a cascotazos. ¿Podés creer? El de la funeraria le tuvo que sacar dos pedazos de vidrios de la cara a mi viejo, pero dicen que el tipo dijo que lo más difícil de sacarle fue la sonrisa que todavía tenía.



La voz del estadio

Artemio Roldán tenía tantos trabajos que merecía ser rico pero era tan pobre como todos los que colaboraban con el club. Vivía de lo que dejará su ferretería, además trabajaba de canchero en el club, era la voz del estadio y ocupaba el cargo de presidente, investidura que alternaba invariablemente cada dos años con José Luis Quijano. También era bombero voluntario (uno de los cuatro del pueblo). Si alguna vez hubiese tenido la posibilidad de viajar, en los formularios de migraciones, en el espacio para profesión hubiera completado “Voz del estadio”. A eso le hubiera gustado dedicarse. Algunas veces soñaba que lo convocaban para hacer la voz del Monumental y practicaba. Se acordaba de memoria formaciones enteras de River. Podría haber anunciado con los ojos cerrados el River del 76 y el del 86. También le había sucedido en ocasiones que por error encendía los altos parlantes y sus prácticas se hacían públicas.

— Gol del número 9, Enzo "El Príncipe" Franco —se escuchaba en todo el estadio y en las cuerdas que lo rodeaban.

— Ahí está de nuevo el gangoso —bromeaba alguno de los muchachos que estaba entrenando.

— No te rías del viejo choto —respondía otro, mientras se recuperaba de un pique.



Claro que Artemio no era gangoso, pero la fritura de los viejos altoparlantes, más la dispersión del audio en el viento, hacía que muchas veces no se entendiera con claridad su mensaje. La mayoría de las veces eso no importaba, pero sí era un problema cuando anunciaba la patente de algún auto mal estacionado. Artemio odiaba a algunos jugadores, no por poca habilidad o por problemas personales si no por tener apellidos complicados para pronunciar, que casi no se entendían por los altoparlantes. El ranking lo encabezaban los mellizos Krljicovich y el colorado Schweinsteiger. Él prefería los apellidos españoles. Por suerte ninguno de los tres era goleador y al colorado sólo lo debía nombrar cuando lo expulsaban, así que en esos momentos lo odiaba el doble. Alguna vez olvido apagar el micrófono luego de informar la expulsión y la puteada contra el muchacho y su madre se escucharon en dos cuerdas a la redonda del estadio.

Artemio era un personaje muy querido por todos en el pueblo por su voluntad y tenacidad para mantener el club en pie, pero siempre fue un personaje secundario, no tenía mucho dinero, no se metió en política ni se le conocían escándalos que lo pusieron en boca de sus vecinos. Pero el día de la historia Artemio fue el protagonista. A las cuatro y media de la tarde el cielo comenzó a transformarse en una cortina gris con tonalidades negras. Él estaba en la torre de transmisión acomodando algunos cables. En realidad era la torre donde estaba el tanque de agua del barrio, que estaba



en una de las esquinas del estadio y habían aprovechado la altura para construir una pequeña salita vidriada desde donde Artemio veía los partidos y anunciaba las formaciones, los cambios, los expulsados y los goles.

Ese día estaba contento, estaba acomodando el desorden que había quedado después de cambiar los altoparlantes. En la salita tenía el equipo viejo y un montón de cables que tenía que tirar. Disfrutaba estar ahí, la torre tenía poco menos de 15 metros y desde allí se podía ver casi todo el pueblo. Lo único tan alto era el campanario de la iglesia.

—Tenemos tanta mala suerte que seguro la tormenta pasa de largo y nosotros seguimos enterrados en esta sequía —dijo Artemio, pensando en las calles de tierra que tenía que recorrer hasta su casa en su Zanellita 50.

5 y 10 cayeron las primeras gotas contra los vidrios.

— Por fin —festejó Artemio interrumpiendo su trabajo. Se puso a mirar la lluvia, siempre le había gustado hacer eso, le hacía sentir que estaba en otro lugar. La lluvia parecía no rimar con su pueblo.

Como a las 5 y 30 pensó que su mujer lo iba a retar por no ir a ayudarla en la ferretería, pero estaba lloviendo fuerte y no parecía conveniente salir ahora. Esperamos un rato y después vamos. La bruja va a entender, se dijo para darse ánimo. Incluso desde la torre era difícil ver el resto del pueblo. Había pasado una hora de lluvia y el cielo estaba totalmente negro. Las luces de la calle habían comenzado a encenderse debido a la oscuridad y el agua cubría las calles de vereda a vereda.



— Acá cuando llueve, llueve —filósofo Artemio.

18 y 20 cayó el primer trueno y 18 y 23 el segundo. El estruendo del rayo sobresaltó a Artemio e hizo estallar las alarmas de algunos autos.

Las gotas eran gruesas y, paradójicamente, hacían un ruido seco al golpear el vidrio. El viento hacía que ráfagas de agua golpearan los vidrios de la torre de transmisión de forma regular. Era un ritmo frenético que estaba enloqueciendo a Artemio. Un relámpago trajo recuerdos del día, y antes que llegara el rayo se cortó la luz. El presidente del club, aislado en su torre se hacía visera con la mano intentando ver algo, pero la ciudad entera acababa de ser devorada por la oscuridad. Sólo brillaban de forma intermitente las luces de las pocas antenas que había en el pueblo.

Puso la única silla frente a la puerta de la cabina y se sentó a mirar la tormenta. De a poco fue viendo cómo algunas ventanas se iban iluminando con el brillo irregular de las velas. En otras casas las linternas se movían nerviosas.

...

